

en su logro habrá una plenitud estética completiva de la primera.

Inversamente, las experiencias estéticas son implícitamente también morales de dos maneras: porque la perfección presupone una finalidad a conseguir, o sea, un bien-en-sí como fuente axiológica: en cuanto que el fin no justifica pero sí requiere medios; y porque la satisfacción estética misma admite una gradación, según que esté más o menos de acuerdo con lo que se hubiera podido desear. Pero ello sin olvidar que la moralidad en sí misma nunca constituye una razón de ser.

El arte puede ser, por tanto, una realidad valorable tanto desde el punto de vista estético como desde el moral. Lo mismo sucede con la sociedad y con la experiencia social. Así hay tantas maneras de entender estéticamente la vida perfecta, y de valorar moralmente cada una de las formas de vida humana. El autor sugiere que puede establecerse una serie de niveles de experiencia humana, con valor tanto estético como moral, donde son comprensibles gradualmente los fenómenos de la diversidad estética y de la diversidad en las valoraciones morales.—A. S.

CONGAR (Y.): *The Idea of Conversion*, en «Thought», XXXIII, núm. 128, 1958 (págs. 5-20).

El autor de este artículo, Yves M. J. Congar O. P., considerado como uno de los teólogos más importantes de la actualidad, define el fenómeno de la conversión, en su sentido más amplio, como el cambio de principios que rigen la dirección de nuestra vida. Desde este punto de vista, la conversión por sí misma no significa una conversión a Dios, ni siquiera una conversión a lo bueno. Lo que, canónica y moralmente, puede considerarse como una apostasía, al mismo tiempo puede considerarse, psicológicamente, como una conversión.

A continuación distingue entre la conversión religiosa y la conversión moral. La primera es un cambio cuyo principio determinante es nuestra relación para con Dios. Implica, por tanto, una convicción intelectual positiva respecto de Dios, una cierta representación de El y, a menudo, la adhesión a la fe de una iglesia. La conversión moral consiste en un cambio producido en nuestros

principios éticos, o, al menos, en su aplicación práctica. Puede darse independientemente de la conversión religiosa, o bien ir unida a ella. También la conversión puede ocurrir dentro de la misma fe, que nunca se ha de dejado de profesar, pero a la cual apenas se acomoda nuestra vida. A esta última se le llama conversión mística. Es obvio que esta última clase de conversión, en la mayoría de los casos, sea también una conversión religiosa, pues si bien no consiste en el paso del ateísmo a la fe, sí implica el tránsito de una incredulidad práctica a una vida de fe activa.

Más concretamente, la conversión es un paso personal que afecta la vida de una persona moralmente adulta. Toda conversión lleva consigo una realidad humana muy compleja, moral, social, histórica, quizá incluso genética. Además, es un hecho espiritual, una llamada al alma para que se realice a sí misma en Dios, por medio del sufrimiento, de la luz y del amor.—J. C.

DUNCAN-JONES (Austin): *Intrinsic Value: Some Comments on the Work of G. E. Moore*, en «Philosophy», XXXIII, 126, 1958 (págs. 240-273).

Estudia el profesor Duncan-Jones el pensamiento de Moore acerca de la naturaleza del valor intrínseco, sobre la clase de objetos que lo poseen, y sobre el método de verificar el valor intrínseco de las cosas.

Moore emplea, refiriéndose al valor, vocablos tales como «bien», «bondad», y expresiones como «bueno en sí mismo», «bueno como finalidad», «bien intrínseco», «valor (*worth*) intrínseco».

Lo forma lógica de los juicios de valor es, para Moore, la expresión de tal valor en juicios universales. Da por supuesta la existencia de objeto valioso, y la generalidad le afecta en tal sentido. «Esto es bueno» equivale a «esto, de existir, sería bueno».

El valor o desvalor intrínsecos pueden pertenecer, ya al conjunto en varios grados de complejidad, ya en relación a las partes de la totalidad. Mas el valor perteneciente al conjunto es lógicamente independiente del que pertenece a las partes. En todo caso, el valor viene significado en unidades orgánicas. Para determinarlo sigue Moore el método de la delimitación (*isolation*). Consiste en ais-

lar mentalmente cosas que podrían no existir en cierta realidad unitaria, y la existencia de unas cosas con la de otras, hasta que sea posible formalizar un acto de intuición del valor. De este modo se elimina la posibilidad de confusión acerca del sujeto de valor.

En cuanto a las cosas que pueden poseer valor intrínseco, piensa Moore que pueden tener un alto valor de bondad o de malicia.

En cuanto a lo que Moore entiende por valor intrínseco, el autor piensa que desde luego un juicio de valor intrínseco tiene que ser de validez universal, puede ser afirmativo o negativo. La dificultad está siempre en que haya verdadero acuerdo entre los seres racionales, que sólo tras largas elucubraciones puede alcanzarse en puntos demasiado estrictos. Hay bondades dudosas, cuya elucidación es discutida. El valor intrínseco se refiere por ello, preferentemente, a la realidad o cosa que puede ser considerada unitariamente. Para que el juicio de valor intrínseco sea científicamente relevante para la conducta humana, es preciso que como tal sea entendido aparte de su halo romántico y exaltado.—A. S.

GLEASON (Robert W.): *Situational Morality*, en «Thought», XXXII, 127, 1958 (págs. 533-558.)

El pensamiento europeo posbélico ha contemplado el rápido desarrollo de una nueva tendencia ética autologicizada como «moralidad de situación». Tal tendencia es menos un sistema que una tentativa de ensancharse existencialmente en un acercamiento a la moralidad cristiana. En este sentido se distingue por considerar al hombre en la unicidad del momento dado en que se coloca ante Dios en una relación Yo-Tú de amor. Su aspiración máxima es llegar a la sinceridad de la religiosidad.

Alguno de los caracteres de esta doctrina ética ha merecido comentarios adversos por el Pontífice Pío XII y por el Santo Oficio.

El significado de la actitud oficial de la Iglesia Romana no quita la oportunidad de estudiar aspectos de la ética situacionista, puesto que la teología moral no es monolítica, sino diversificada en tendencias, alguna de las cuales no

dista mucho de la doctrina que nos ocupa.

El autor plantea el estudio, distinguiendo entre la tendencia ética «legalista» y la «carismática».

San Pablo pone el acento en la necesidad de la caridad actual, como sumo principio rebasador de la ley, y para poder responder a lo esencial de la vocación cristiana. Los Padres Apostólicos viven de modo semejante dicha tensión, dentro de la cual infravaloran las generalizaciones sin duda provenientes de los preceptos del Antiguo Testamento y de las filosofías griegas. En San Ignacio de Alejandria lo fundamental de la moralidad cristiana es la inserción en Cristo, ingresando así como parte del Cuerpo Místico y asintiendo a las interiores sugerencias del Maestro.

La ética tomista reimplanta la legalidad moral antigua, dejando a salvo la función gratuita de la obra sobrenatural. Mas el escotismo y el nominalismo refieren lo más elemental de la moralidad a la serie de actos decisivos de la vida espiritual. Mas, por otro lado, al dar papel preponderante al precepto divino, es la obediencia quien ocupa el puesto de la caridad.

El centralismo ético viene luego representado por la escuela española: Melchor Cano, Vitoria y Bañes resucitando el tomismo. Los moralistas jesuitas Sánchez, Molina, Lessius, De Lugo, ensanchan las perspectivas tomistas al atender en primerísimo lugar los problemas derivados de la consideración en primer lugar de los sujetos morales, sustituyendo de modo sistemático la antigua fragmentación de los nominalistas.—A. S.

HARTSHORNE (Charles): *Freedom Requires Indeterminism and Universal Causality*, en «The Journal of Philosophy», LV, 19, 1958 (págs. 793-811).

Se trata frecuentemente del problema filosófico de hacer compatible la libertad subjetiva con el determinismo causal. Hartshorne analiza el significado de esta posición, a la que varía sustancialmente. Desde luego no hay ciencia ética sin libertad moral. Pero también hay en la ética cierta causalidad de hechos con consecuencias, establecida a veces en factores, habituales o hereditarios, permanentes.